

Lidia Jorge

Misericordia

TRADUCCIÓN DE MARÍA JESÚS FERNÁNDEZ



LA UMBRÍA Y LA SOLANA



LA UMBRÍA Y LA SOLANA

Misericórdia
Dom Quixote, 2022

Primera edición: abril de 2024

© Lidia Jorge, 2022, de acuerdo con la Agencia Literaria Mertin Inh. Nicole
Witt e. K., Frankfurt am Main, Alemania

© de la traducción del texto, María Jesús Fernández
© de la imagen de cubierta, Getty Images

Edición © La Umbria y la Solana, 2024
c/ Pez Austral, 11
28007 Madrid

info@laumbriaylasolana.es
www.laumbriaylasolana.es

Coordinación editorial: Pilar Ramos Vicent, Feliciano Novoa Portela
Director de la colección de autores portugueses: Antonio Sáez Delgado
Diseño y composición: Raúl Areces

ISBN: 978-84-126248-8-5
Depósito legal: M-9575-2024

Impresión: Calprint Digital
Impreso en España - Printed in Spain

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet) y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Obra publicada con apoyo de Camões I.P.
y de la DGLAB/Cultura - PORTUGAL.



REPÚBLICA
PORTUGUESA

CULTURA

DIREÇÃO-GERAL DO LIVRO, DOS ARQUIVOS E
DAS BIBLIOTECAS

CAMÕES
INSTITUTO
DA COOPERAÇÃO
E DA LÍNGUA
PORTUGAL
MINISTÉRIO DOS NEGÓCIOS ESTRANGEIROS

ÍNDICE

VISITANTE	13
HOTEL PARAÍSO	15
ARCHIVOS 210-B	17
1.- ATLAS	19
2.- VÍSPERA	24
3.- EL REPARTO	29
4.- EL PERFUME	37
5.- LA LECTURA	41
6.- EN EL SALÓN ROSA	48
7.- APARICIÓN	56
8.- LA FIGURA	62
9.- <i>L'ANGE GARDIEN</i>	65
10.- LA VISITA DE LA TARDE	68
11.- EL INFORMADOR	73
12.- SU REGRESO	78
13.- LOS DESENLACES	83
14.- MIS PENSAMIENTOS	88
15.- EL TURNO DE NOCHE	93
16.- LA MUCHACHA ALTA	96

17.- BAJO LA HISTORIA	102
18.- LA DOLOROSA	112
19.- EXILIO	113
20.- MI SECRETO	118
21.- LILIMUNDE	124
22.- NOCHE DE LUNA	127
23.- CAREO	133
24.- PÓSTUMA	139
25.- RELÁMPAGO	142
26.- DE LA GRANDEZA	146
27.- BOTAS NUEVAS	154
28.- EN LA FILA	160
29.- VERANO	164
30.- A LA SOMBRA	170
31.- AL ESPEJO	178
32.- EL SEÑOR TÓ	181
33.- DE NUEVO LA NOCHE	185
34.- LA INVASIÓN	189
35.- LINTERNAS	198
36.- EL SEGUNDO CASO	203
37.- LA FIGURA DE PAPEL	209
38.- EL LIBRO DE JOB	212
39.- LA RISA	219
40.- LA LLAMADA	224
41.- TRIPULACIÓN	229
42.- REVOLUCIÓN	235
43.- EL SUEÑO	240
44.- DEFINICIÓN DEL AMOR	245
45.- EL FOTÓGRAFO	250
46.- EL BAÑO DEL MAGREBÍ	260
47.- LOS PENSAMIENTOS DE OTOÑO	264
48.- LOS MISERABLES	269
49.- HORARIO	275

50.- EL BAILE	281
51.- EDGAR DE PAULA	286
52.- LAS CUATRO ESTACIONES	292
53.- EL CARTEL DEL SEÑOR TÓ	295
54.- CONJUGACIÓN DE LA PALABRA	300
55.- LAS PALABRAS DE ALI	304
56.- TONICO TOLA	306
57.- REPETICIÓN DE LOS HECHOS	311
58.- EL SEÑOR RUDOLFO	319
59.- ¿AÚN SERÉ FUERTE?	324
60.- EN EL COMPARTIMENTO PEQUEÑO	328
61.- PUÑOS DE PELO	330
62.- EL PLAN	336
63.- EL HAMBRE	340
64.- MISERICORDIA	343
65.- LOS PASOS	346
66.- LA GRACIA	349
67.- EN LA SALA AZUL	353
68.- ALUVIÓN	359
69.- LAS MANOS DE NINA	365
70.- MOMENTO	369
71.- EL AÑO DEL CARRO	377
 SIETE PÁRRAFOS EN SU NOMBRE	 384
1.- EL HOTEL	384
2.- EL ENCIERRO	389
3.- EL LAGO	394
4.- EL TEST	397
5.- EL ENCUENTRO	404
6.- EL BAILE	408
7.- EL COMBATE	413

VISITANTE

Se ruega que tenga paciencia y espere en la puerta hasta que aparezca alguien a abrirle. No llame dos veces. Le atenderemos en cuanto nos sea posible.

Los domingos y fiestas de guardar, serán permitidas las visitas media hora antes del horario habitual, por el bienestar de los residentes.

Por tanto, instamos al visitante a que deje en esta entrada todo rastro de melancolía o tristeza –Aquí dentro, el residente está esperando su alegría.

En esta casa, todos juntos, somos una familia tranquila –Contemple las bonitas flores de nuestro jardín, antes de entrar. Esta residencia es un hermoso arriate y los residentes, nuestros pétalos más queridos.

Además, hay que señalar que, en aras de la dignidad de cada uno, tratamos a todos por señora y señor. Ayúdenos a mantener la debida etiqueta que todos merecen.

La Dirección
Ana P. de Noronha
18 de noviembre de 2018

HOTEL PARAÍSO

*Este es un lugar de esparcimiento
Un lugar para aprender
Un lugar para estar
Un lugar de convivencia
Un lugar de amistad
Un lugar de ternura
Un lugar de afecto
Un lugar de besos
Un lugar de abrazos
Un lugar para bailar
Un lugar donde todos
Juntos somos hermanos.
Adoremos, cantemos
Persignémonos, pues.*

Definición poética compuesta por
nuestros residentes
25 de diciembre de 2018

ARCHIVOS 210-B

Los siguientes textos corresponden a la transcripción de un archivo de audio con una duración de 38 horas que contiene las declaraciones de Maria Alberta Nunes Amado, grabadas entre el 18 de abril de 2019 y el día 19 del mismo mes del año siguiente, en una Olympus Note Corder DP-20. Como en casos semejantes, se trata de una transcripción libre, como no podía ser de otro modo. Así, pues, tanto el orden, las pausas en la página como los títulos no son responsabilidad de la susodicha. De su discurso también se han quitado las muletillas que marcaban la oralidad. La huella de sus risas y de sus lágrimas, lo mismo. Pero las palabras, la respiración y el ritmo corresponden por completo al original. Hay que señalar que la música que acompaña algunas de estas páginas, como es el popular *Miserere* cantado por Zuccherio Fornaciari y Luciano Pavarotti, o el *Miserere mei, Deus* de Gregori Allegri, así como otros fragmentos musicales, como antiguos boleros, rumbas y pasodobles, han sido omitidos. Conviene también subrayar que, para dar orden a este libro, han sido fundamentales las 38 notas escritas de puño y letra de la susodicha, todas ellas guardadas en un sobre por Nina Núñez Mercedes. A las que alguien añadió un anillo, unos pendientes, un collar de perlas y también un bolso de tela. Dentro del bolso, una nota manuscrita doblada, un bloc de

seis hojas en blanco tamaño A8 y un pequeño lápiz afilado a cuchillo, marca Viarco.

1.- ATLAS

Aquí donde me encuentro, incluso durante la primavera, cuando los días suelen ser del tamaño de las noches, la noche es siempre más larga que el día. Sabiendo eso, precisamente a mitad de la noche, la noche viene a mi encuentro, dirigiéndome preguntas inimaginables como si fuese aquel gato oscuro, muy antiguo, que se llama esfinge. Me refiero a la noche que conoce mis creencias más profundas, mis glorias y mis derrotas, todos mis secretos escondidos, incluso aquellos que nunca se cuentan a nadie, sobre todo los que tienen que ver con los dulces recuerdos del amor. Mejor dicho, mientras duermo, ella está tranquila, pero, si en un momento dado me despierto, la desafiadora ya está rondándome, avanza hacia mi cuerpo, se apoya en mi cama y me interroga como si fuese una profesora de Primaria que quisiese pillarme distraída. No es fácil.

Anoche, su boca oscura, confundida con lo oscuro más oscuro, empezó haciéndome una pregunta que era imposible responder. Quiso saber cuántas ciudades tiene el mundo. Pero yo conozco las artimañas de la noche y por eso nunca me encuentra completamente desprevenida. Ante semejante pregunta, le respondí que yo sabía muy bien que una cosa es la tierra y otra es el mundo. El mundo es mucho más vasto que la tierra, y si hasta ahora, según mi yerno, aún no se

ha encontrado ningún otro planeta que haya sido habitado, mucho menos ciudades situadas fuera del espacio terrestre. ¿Qué le iba a responder?

De modo que logré levantar la cabeza de la almohada y miré a la noche de frente para decirle: «Hazme una pregunta razonable si quieres que te dé una respuesta coherente». En ese instante, la noche parece haber tomado consciencia de que no estaba hablando con una ignorante en materia de ciudades y cambió de plan, quiso sólo comprobar si yo sabía cuántas capitales tiene la tierra. Imaginé el globo terráqueo que tenía en la mesilla, instrumento que dejé allí, en mi verdadera casa, y pensé que, de nuevo, era imposible enumerar todas las capitales que existen. Pero incluso así, me puse a contar con los dedos, empezando en primer lugar a recorrer Europa, de occidente hacia oriente. Mencioné Lisboa, Dublín, Londres, Madrid, París, Bruselas, Ámsterdam, Belgrado, Bucarest, Kiev, y ya iba yo en dirección a Rusia cuando empecé a confundirme en la cuenta y la noche, comprendiendo que jamás llegaría al final, desistió de la tremenda hazaña que me había encomendado. Astuta, me pidió entonces que mencionase sólo las ciudades que mi hija ya había visitado. Pero yo le respondí –«Eso sí que no. No quiero mezclar el nombre de mi hija con la pesadilla de la noche, quiero asociarla siempre a las cosas bonitas de la vida, las que pasan lejos de estas paredes desnudas. Déjame tranquila...». Pero, incluso así, la noche insistió.

Insistió, quiso saber dónde estaba una capital con el nombre de Reikiavik, pensando que yo no identificaba la palabra por ser extraña, y por eso podría sentarse sobre mi corazón, oprimirlo y hacer que se parase. Pero yo le respondí, triunfante, sin vacilar –«Reikiavik está en Islandia, una isla que tiene un volcán muy peligroso, que lanza bocanadas de humo hacia todo el norte de Europa cuando entra en activi-

dad, tapando la luz del sol y uniéndose a las nubes. Por culpa de esa humareda, hace unos años, mi hija se quedó atrapada varios días en una ciudad de Canadá...».

Ante esta respuesta la noche se quedó sin palabras. ¿Acaso le podría haber dado alguien una respuesta mejor que la mía? Incluso así, la noche no cedía. La noche se trasladó al otro lado de la tierra y quiso saber dónde estaba Karachi. Seguía intentando cogerme en un renuncio. Pero no lo consiguió porque yo respondí de inmediato –«¡Ah! Sí, hablas de Paquistán. ¡Ah! ¡ah! Sólo que yo sé mucho más que tú, triste noche oscura. Pues Karachi ya no es la capital de ese país, la capital ahora se llama Islamabad. Lo aprendí en el *Gran Atlas del Mundo* de la Editorial Civilização, antes de que se estropease. Haz todas las preguntas que quieras. Venceme, noche, si eres capaz...». La desafié.

Estábamos en ese punto, cuando, en vez de ceder, giró alrededor de mi cuerpo, agitó sus alas oscuras, oscuras como la noche más oscura, y me preguntó, respondiendo con el doble de fervor a mi desafío, si yo sabía de qué país era la capital Bakú. «¿Cómo se escribe?» – le pregunté. Respondió que se escribía con ‘k’. Inmediatamente vi la palabra Bakú pasar delante de mis ojos como en una película, un nombre nítido, perfilado, recortado en el territorio al suroeste de Asia, pegado al mar Caspio, iba a pronunciar el nombre del país, sin dudarlo, cuando, de repente, la palabra desapareció de mi vista.

Como si un rastrillo se hubiese movido por mi memoria, llevándose las letras hacia una zona fuera de mi alcance, sin saber cómo, la película había desaparecido. Zas, zas. En el lugar delpreciado nombre que yo iba a pronunciar, se hizo el vacío. Bakú, escrito con ‘k’, osciló en lo oscuro de mi pensamiento y a su alrededor no quedó ningún país. La noche me miraba, fijaba su mirada sin ojos en mis propios ojos, me

vencía. Mi ignorancia, en aquel momento, se volvió insoponible. ¿Cómo podría seguir enfrentándome a aquella noche tremenda que se reía de mí, en la oscuridad de mi cuarto? ¿Cómo? – Pensé, pensé, sin apartar mis ojos de los ojos de la noche, sosteniendo su avance, manteniéndola a la distancia que podía y, en ese momento, encontré una salida.

Sin desviar ni por un momento la mirada del innombrable cuerpo de la noche, logré erguir un poco la cabeza, cogí el móvil de debajo de la almohada, le abrí la tapa, la pantalla se iluminó, apreté una tecla y me quedé escuchando. Del otro lado, noté que aquel a quien yo estaba llamando escuchaba, pero no hablaba. Esperé, pero nada. Entonces hablé yo: «Mira, tengo que hacerte una pregunta. ¿No sabrás, por casualidad, dónde está una ciudad llamada Bakú?». Aquel que se encontraba del otro lado de la línea permaneció en silencio, se le oía la respiración como si estuviese allí a mi lado, pero no decía ni una sola palabra. Esperé, insistí: «Sí, Bakú, por favor, se escribe con 'k'...».

Entonces la voz de él sonó nítida, grave, un bombo sonando en mis oídos: «¿Sabe usted la hora que es, señora mía? ¿Sabe que son las cuatro de la madrugada? ¿Qué se le ha pasado por la cabeza para llamarme a estas horas para preguntarme por una ciudad llamada Bakú?». Le pedí perdón, pero no me escuchaba, hablaba al mismo tiempo que yo: «Ay, esta vez no se escapa, su hija lo va a saber todo. Vaya que sí. La que le va a caer encima...».

Me preparé. Por la entonación, me di cuenta de que iba a seguir protestando en el mismo tono, ni siquiera preveía como podría acabar aquella conversación y entonces apreté la tecla de colgar, la apreté lo más despacio posible, queriendo aniquilar el sonido, queriendo imaginar que lo mejor que podría haber pasado era que no se hubiese producido aquella llamada. Que no se hubiese producido nunca. Y así me quedé

con el teléfono en la mano, esperando que él me llamase, o que incluso ella me llamase pasado algún tiempo, desde el otro lado de la tierra, el tiempo justo para que él la llamase y ella a su vez me interrogase desde muy lejos, queriendo saber por qué motivo estaba yo llamando a casa a las cuatro de la madrugada.

Pero no fue así. La noche se había recogido a su sitio, sin que hubiese entre nosotras dos una vencida y una vencedora, y yo no oí ningún otro ruido, mientras tenía el teléfono bien apretado en la palma de la mano, a la espera de lo que pudiese pasar. Hasta que un pájaro de primavera pasó cantando cerca. En el recuadro de la ventana, apareció una madrugada de color rosa y el techo blanco se fue poniendo rosado por encima de mi cabeza anunciando un nuevo día. Y mientras la palabra Bakú no aparecía inscrita en la hoja azul verdoso del mapa del país del que es la capital, yo pensaba en la claridad que en aquel instante estaría iluminando la casa que dejé atrás, con sus mesas, sillas, ventanas, sábanas y cortinas, y el escritorio con tapa donde dejé mis diarios y mi atlas echado a perder.

19 de abril de 2019

*La lluvia entró por un agujero
estrechito - En menos de un relámpago
inundó el mundo.*

2.- VÍSPERA

Me quedé acostada esperando que las horas pasasen y que la palabra que encontré y después perdí, mientras luchaba con la noche, me viniese de nuevo a la cabeza, y oía a los cucos fuera, y el gorjeo de los mirlos, y me alegraba pensar que la primavera hubiese llegado. Y recorría con la imaginación las páginas de mi atlas antes de que se echara a perder, y lo hojeaba en mi cabeza sin ninguna prisa. Pues si el nombre del país cuya capital era Bakú no me venía en toda la mañana, ya me llegaría a lo largo de la tarde. Soy de esas personas que no piensa que la esperanza es lo último que muere. Yo pienso que la esperanza es sencillamente inmortal. Aquel nombre ausente, con el que se interrumpió el combate con la noche, me vendría cuando menos lo esperase. Confío plenamente en las leyes que rigen el pensamiento. Ellas me guían y me dan paz.

Por eso, sabiendo de antemano que la palabra que buscaba aparecería por sí sola, me quedé escuchando cómo la mañana se manifestaba aquí dentro, a medida que los pájaros allí fuera salían de las ramas de las casuarinas, y los ruidos domésticos, oriundos del servicio de la casa, se entrecruzaban. Por razones que desconozco, a veces mi almohada funciona como un altavoz. Muchos de los sonidos al llegar a la almohada se amplían debajo de mi cabeza. Así fue como, aún

temprano, oí que la furgoneta de los suministros se aproximaba circulando despacio, después paraba y se marchaba. El camión del agua rugió vergonzosamente junto a la puerta de entrada, y algo que me pareció una bombona de gas rodó por el pavimento estrepitosamente. Si no golpeó el borde de los arriates será porque alguien se lo impidió. ¿Quién la habrá sujetado? La bocina de un coche pitó, un silbido agudo, sin duda por descuido. Una chica gritó desde una ventana, cosa que no debería hacerse, pues ya habían despedido a algunas por gritar más bajo. Los gritos de la chica respondiendo al sonido del claxon fueron tan agudos como él. ¿Quién sería ella? Si no me equivoco, era la voz de Lurdes Malato.

¿Sería ella?

Mientras tanto, aquí, justo debajo, en el piso inferior, alguien empezó a mover muebles pesados de un lado para otro. Después, alguien accionó las teclas del piano y alguien gritó junto al ascensor en el piso de arriba para que lo desocupasen. Alguien respondió que estaba parado en el sótano, en la zona de la lavandería. Una discusión cuyos gritos se escuchaban, aunque no las palabras. El ascensor llegó por fin a este piso. Hubo risas. Yo sabía lo que pasaba. Son los movimientos de la víspera, y la víspera siempre acarrea desorden. Pobres de nosotros, los residentes. Tanta energía por los pasillos y, en contrapartida, ni un alma en el hueco de la puerta para darnos los buenos días. Pensé incluso tocar el timbre para que sucediese algo. Y agarré la pera para apretarla, pero me quedé quieta, temiendo que aquella voz, que había oído gritar desde la ventana, fuese la de Lurdes Malato, y ella misma en persona, con las manos en jarra, entrase en mi cuarto protestando por mi llamada. Sostuve la pera en la mano mucho tiempo, tanto tiempo que el tiempo dejó de importar. Lo que pasó fue que, de tanto esperar, cuando abrí

los ojos, encontré en el hueco de la puerta la figura de Nina Mercedes.

Nina avanzó hacia mí, y esperé a que se inclinase sobre mi cara, y me acariciase como sólo ella sabe hacer. Pero no acababa de hacerlo, pues, a medida que se aproximaba, la muchacha puertorriqueña iba recogiendo objetos caídos que intentaba colocar en su sitio. Como en otras muchas ocasiones, la mitad de los objetos que me ayudan a descansar durante la noche andaban repartidos alrededor de la cama. La muchacha iba enumerándolos a medida que los levantaba del suelo: la botella de agua, el reloj, la fotografía, el bolso de tela, el bolígrafo, los calcetines de dormir, primero uno y después el otro. Hasta el teléfono móvil estaba caído en el suelo. Nina lo recogió. Acercó su cara a la mía. Me dijo al oído: «*¿Has estado otra vez peleándote con tu atlas? ¿Y a quién has llamado esta noche? Estoy segura de que un día me vas a contar lo que pasó con ese libro malvado.*»

Habla bajo, lleva los mismos zapatos de suela blanda que las demás, pero camina por el corredor silenciosa como si anduviese descalza. De entre todas es la que tiene las manos más suaves, las palabras más risueñas. A veces me pregunto si Nina es esa persona que tengo en mente, o si soy yo la que la engrandece. La verdad es que todos quieren que los lave y los vista Nina Mercedes. Todos la llaman y quieren que esté cerca, y yo, una mañana turbulenta como la de hoy, he tenido la suerte de que me toque Nina. Una recompensa por no haber llamado al timbre mientras otros sonaban por el pasillo al mismo tiempo. Nina preguntó: «*¿Qué le pasó a tu atlas? Cuéntamelo, mi niña...*». Yo le respondí: «Un día cuando tengas tiempo para sentarte ahí en la cama de al lado, entonces te lo cuento».

Nina me levanta, y era agradable su modo de levantarme, pero yo nunca le voy a contar que una noche de invierno una